



## **ORDO FRATRUM MINORUM** **MINISTER GENERALIS**

Curia Generale dei Frati Minori (OFM), Via Santa Maria Mediatrice 25, 00165 Roma - Italia. Tel. +39.06.684919

Fax. +39.06.632247 - eMail: mingen@ofm.org

---

**A todos los hermanos de la Orden**

**A las Misioneras de la Realeza de Cristo**

**A los hermanos y hermanas de la OFS y JUFRA**

**A las Hermanas Pobres de Santa Clara**

**A las hermanas concepcionistas**

Roma, Italia, a 30 de abril de 2022

Queridos hermanos y hermanas,

*¡que el Señor les dé la paz!*

Hoy, 30 de abril de 2022, en la catedral de Milán, va a ser proclamada Beata a Armida Barelli, llamada *una mujer entre dos siglos*, precursora de los tiempos más contemporáneos, una laica polifacética. Fallecida el 15 de agosto de 1952, es finalmente reconocida por la Iglesia como un ejemplo evangélico a proponer a todos los fieles. En el tiempo sinodal que vivimos en toda la Iglesia, es particularmente interesante y precioso que sea una mujer, una laica, una consagrada la que se presente como ejemplo de santidad.

En esta celebración me presento en nombre de la Orden. ¿Por qué? Ciertamente por la raíz del camino humano, cristiano y vocacional de Armida Barelli, que fue sin duda esa alma franciscana que la marcó profundamente. Es gracias al encuentro con Fray Agostino Gemelli que esta mujer, a principios del siglo XX, abrió su búsqueda espiritual, muy profunda, a la frescura del carisma franciscano encontrando en él inspiración evangélica, libertad de espíritu y alegría, así como la radicalidad evangélica en el seguimiento de Cristo viviendo plenamente en el mundo y la condición secular. El Ministro General en ese entonces la acogió en nuestra Familia, como terciaria y luego como consagrada secular. Su vínculo con la Orden siempre ha sido profundo y libre, nunca ha estado marcado por la subordinación, sino por el hecho de compartir.

Armida Barelli nació el 1 de diciembre de 1882 en Milán, en el seno de una familia de clase media acomodada, y no se respiraba un aire propiamente religioso en la casa, donde la práctica externa formaba parte de las convenciones sociales. Realiza su propio viaje personal gracias a la refinada educación que recibió y a los encuentros con otras mujeres que orientaron su rica, exuberante y profunda personalidad. Fue así como se abrió a una firme y profunda fe, llegando poco a poco a la intuición transparente de que Dios la llamaba a vivir plenamente en el estado laical, buscando con todo su corazón adherirse a la presencia y acción de Dios en su vida y en el mundo.

Este es un formidable punto de partida para acercarse a la vida y al mensaje de esta polifacética mujer milanesa, arraigada en su tiempo y capaz de anticipar el futuro como pocas: Armida Barelli, la hermana mayor de tantas niñas, adolescentes, jóvenes y mujeres del 1900. De hecho, uno de los grandes ámbitos de vida y acción de esta mujer fue el encuentro y la actividad común de tantas niñas, jóvenes y mujeres a través de la Acción Católica. A partir de aquí inicia una labor de promoción para la mujer realmente extraordinaria en su época. Anticipándose a su tiempo, entendió que las mujeres tenían su propia fisonomía no ligada a rígidos roles sociales y ni siquiera a vínculos exclusivos con la familia o el convento.

Fue capaz de dar contenido a los deseos y sueños de tantas niñas y mujeres de su época, liberando sus intensas energías. Del ámbito cultural al político, de la animación litúrgica a la educación a la fe, de la vivencia cristiana de la tragedia de la Primera Guerra Mundial a la cercanía a los que sufrieron sus consecuencias, de la resistencia a la dictadura que entonces afligía a su país Italia a la participación plena en el renacimiento civil y social posterior a la Segunda Guerra Mundial: en todos estos campos Armida supo inspirar, arrastrar, motivar y dejar expresar todas las capacidades de la mujer.

Sin duda, la Beata Armida fue una formidable constructora, en todos los sentidos: de movimientos, de edificios y obras, de iniciativas incluso en tiempos oscuros como los de la guerra, de ideas y sueños de futuro. Al mismo tiempo, era una constructora de la interioridad, de su vida más profunda. Aquí estamos en el corazón de su existencia como mujer, cristiana y franciscana.

*“La oración se transforma en voluntad, la voluntad en trabajo, el trabajo en oración y obra”.*

Barelli es una mujer de oración; *“el anhelo de un diálogo íntimo con Dios”*, como dice ella, la acompaña desde el principio y encontrará su plena presencia en las relaciones, el trabajo, los viajes, los proyectos y las ansiedades y espera su entorno cada vez más natural.

Armida vivió una espiritualidad encarnada, que hace de toda la vida una oración y de la oración una acción transformadora en el mundo, para que crezca la semilla del Reino.

Aquí la nueva Beata fue una auténtica discípula de San Francisco, porque su forma *“laica”* de orar transformó el trabajo en una experiencia espiritual, y supo interpretar, en la agotadora actividad, en los fatigosos viajes y encuentros que afrontó por el Reino, una nueva, pero no menos exigente forma de vivir la penitencia y el sacrificio;

una espiritualidad para laicos, que no tienen horarios ni campanas que los llamen a la oración, sino que buscan momentos de intimidad con el Señor como un profundo anhelo del alma;

una espiritualidad que no se separa del mundo, sino que sabe leer, en los acontecimientos de la historia, los *“signos de los tiempos”*, escuchando la voz del Señor.

Una mujer que, con tantas otras laicas, se anticipó al Concilio Vaticano II.

En este camino, la Beata Armida Barelli, junto con el P. Gemelli, dio vida a una comunidad de mujeres consagradas en el mundo, que aún se mantiene firme en muchos países en los que estamos presentes los Hermanos Menores, y cuántas veces, como yo mismo puedo atestiguar, el camino es común y fraterno, apoyándose mutuamente en la vivencia de su fidelidad al Evangelio por los caminos del mundo.

Me refiero al Instituto Secular de las Misioneras de la Realeza de Cristo.

Para muchos de nosotros, los frailes, es un signo de la ternura del Padre al vivir la condición de vida común de tantas personas. Es también para nosotros y para muchos una posibilidad de acompañamiento en la fe y en la vocación con la sensibilidad femenina que tanto nos enriquece.

Al ver su florecimiento en esta mujer libre y amante, pidamos al Espíritu del Señor que no permanezca indiferente al surco evangélico de santidad que ella abrió en el seno del franciscanismo moderno y, mientras agradecemos al Altísimo este don, respondamos devolviendo siempre de nuevo a esa humanidad y a ese mundo que Dios tanto amó y ama el anuncio evangélico de la vida y de la libertad.

Especialmente hoy, en esta época difícil que reclama paz y justicia para tantos.

Con mis saludos y fraternal bendición,

Fr. Massimo Fusarelli, OFM  
*Ministro General*